

Patriarcado Ecuménico Stavropegic

Monasterio de San Juan Bautista

Mensaje al Congreso de Abades 2016

Reverendísimo Abad Primado,

En nombre del Patriarcado de Constantinopla y de su santidad Bartolomé I, arzobispo de Constantinopla y Patriarca Ecuménico, saludo este santo Congreso de Abades de la confederación Benedictina. Les estamos muy agradecidos por esta invitación fraterna y por su amable hospitalidad.

Es un gran consuelo, en un mundo de confusión espiritual y desesperación, ser testigos de cómo la vida monástica continúa aún en el Este y en Oeste; un hecho del que es también signo este Congreso. La Iglesia de Constantinopla, que yo represento aquí, ha tenido en gran estima a través de los siglos, la contribución que monjes y monjas han hecho a la vida cristiana a escala tanto local como mundial. Muchas casas monásticas afiliadas al Patriarcado de Constantinopla han tenido y continúan teniendo un impacto significativo e importante en la vida espiritual de la gente. Los cristianos buscan alimento espiritual, consejo, curación, apoyo y ánimos. Y muy a menudo descubren todo esto entre los monjes, ya vivan en monasterios o sirvan en instituciones distintas. Los monjes recientemente canonizados por la Iglesia Ortodoxa Porfirio de Kavsokalvya, Paisos del Monte Athos, y Nicéforo (Tzanakakis) son poderosos ejemplos de esto.

Aunque no hayamos alcanzado el nivel espiritual de estos santos hombres, es también bueno recordarnos a nosotros mismos, como monjes y monjas, que si la gente respeta nuestro tipo de vida espiritual, debemos ser fieles a los principios de nuestra vocación. El monaquismo sano se funda en los cimientos de la obediencia, la compunción y la oración: la obediencia humilde dirigida en libertad a una persona; la compunción que transforma y da gozo espiritual; la oración que crece gradualmente y con paciencia, y de ser oración personal de compunción, pasa a ser oración por la humanidad entera.

Si construimos en tales cimientos espirituales, Dios, con seguridad, a su debido tiempo santificará por su Espíritu Santo nuestra vida monástica y a través nuestro el mundo en el que vivimos, aunque sea en una pequeña medida. Sin estos principios interiores, sin embargo, ninguna organización externa puede proveer a la vida monástica la sal de la tierra que los monjes y monjas deberían manifestar en si mismos. San Siloán el Atonita afirmaba que los monjes servían al mundo con la oración y las lágrimas, y es realmente por este trabajo de los monjes que el mundo continúa existiendo.

Desearía pues dejarles esta breve palabra de San Siloán como un saludo del Patriarca Ecuménico, una palabra que tiene valor para todos nosotros: "Un monje es alguien que reza por el mundo entero, que llora por el mundo entero; en esto consiste su principal trabajo",

Con estos pensamientos, les saludo de parte de la antigua sede de Constantinopla. Les agradezco una vez más su cordial hospitalidad, y les deseo una fructífera continuación de su trabajo.

Hieromonk Melchisedec

Monasterio de San Juan Bautista